

que el objeto de la opinión final depende de lo que sea esa opinión, lo que esa opinión es no depende de lo que usted, o yo, o cualquier otro piense. Nuestra terquedad y la de los demás puede posponer indefinidamente el establecimiento de una opinión; incluso puede hacer que una proposición arbitraria sea universalmente aceptada durante el tiempo que dure la raza humana. Pero ni siquiera esto cambiaría la naturaleza de la certeza, que sólo podría ser el resultado de la investigación llevada a un punto suficiente; y si, tras la extinción de nuestra raza, surgiese otra con facultades y disposición para la investigación, llegaría, en última instancia, a esa opinión verdadera. «Resurgirá la verdad sepultada», y la opinión que finalmente resulte de la investigación, no depende de cómo pueda alguien pensar actualmente. Pero la realidad de lo real depende del hecho cierto de que la investigación está destinada a conducirnos finalmente, si se continúa lo bastante, a la certeza de ella.

Pero se me podría preguntar qué puedo decir de todos los pequeños hechos de la historia olvidados para siempre, de los antiguos libros perdidos, de los secretos enterrados.

Full many a gem of purest ray serene
The dark, unfathomed caves of ocean bear;
Full many a flower is born to blush unseen,
And waste its sweetness on the desert air (1).

¿No existen realmente estas cosas porque se hallen definitivamente fuera del alcance de nuestro conocimiento? Y en tal caso, tras la muerte del universo (según la predicción de algunos científicos) y el cese definitivo de la vida, ¿no continuará el choque de los átomos, aunque no haya una mente que lo conozca? A esto respondo que, aunque en ningún posible estado del conocimiento puede un número ser lo bastante grande para expresar la relación entre la suma de lo que permanece desconocido y la de aquello que conocemos, es antropológico suponer que, refiriéndonos a una cuestión dada (que tenga algún significado claro), la investigación no proporcionaría su solución, al ser llevada a un término suficiente. ¿Quién hubiese dicho, hace pocos años, que llegaríamos a saber de qué substancias

están hechas estrellas cuya luz puede haber tardado en alcanzarnos más tiempo del que ha existido la raza humana? ¿Quién puede asegurar de algo que no lo sabremos dentro de pocos siglos? ¿Quién sospecha lo que sería el resultado de continuar durante diez mil años el curso de la ciencia con una actividad semejante a la de los cien últimos? Y si esto fuera a seguir durante un millón, o un billón, o el número de años que queráis, ¿cómo es posible decir que hay alguna cuestión que no pueda llegar a ser resuelta?

Pero, cabe objetarme, ¿por qué tantas consideraciones remotas, sobre todo cuando su principio es que sólo las distinciones prácticas tienen significado? Bien; debo confesar que tiene poca importancia el afirmar que una piedra en el fondo del océano, en completa obscuridad, es o no brillante; es decir, que esto *probablemente* carece de importancia, aun sin dejar de recordar que esa piedra *puede* ser sacada mañana a la superficie. Pero que hay gemas en el fondo del mar, o flores en el desierto inexplorado, son proposiciones que, como la de que un diamante es duro cuando no se le presiona, atraen mucho más al orden de nuestro lenguaje que al significado de nuestras ideas.

Me parece, no obstante, que, mediante la aplicación de nuestra regla, hemos alcanzado una aprehensión tan clara de lo que designamos como realidad, y del hecho sobre el que se apoya la idea, que quizá nuestra pretensión sería menos presuntuosa que singular si ofreciésemos una teoría metafísica de la existencia a la aceptación universal de quienes emplean el método científico para establecer la certeza. Sin embargo, como la metafísica es materia mucho más curiosa que útil, y su conocimiento, como el de los escollos, sirve principalmente para librarnos de ella, no molestare por ahora al lector con más ontología. Me he dejado llevar por este camino mucho más lejos de lo que deseaba; y he dado al lector tal dosis de matemáticas, psicología y cuanto hay de más abstruso, que temo me haya abandonado ya, y que lo que ahora escribo sea exclusivamente para el cajista y el corrector de pruebas. Me encomendé a la importancia del tema. No hay camino real hacia la lógica, y las ideas realmente valiosas sólo pueden ser obtenidas al precio de

(1) «Cuántas gemas del brillo más sereno y más pero contienen los abismos oscuros e insondables del océano; cuántas flores, nacidas para el rubor no visto, entregan su caricia al aire del desierto!»